



# La Santa Sede

---

## ***DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO***

*Sala del Consistorio  
Lunes, 8 de mayo de 2023*

**[[Multimedia](#)]**

---

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!*

Doy las gracias al superior general por las palabras que me ha dirigido; saludo a los miembros del Consejo y a todos vosotros.

Estoy contento de este encuentro, en el que comparto con vosotros la alegría por los 175 años de vuestra *refundación*, con la fusión de dos institutos religiosos.

Quisiera hacer referencia, para una breve reflexión, del pasaje del profeta Isaías que habéis elegido como guía en vuestra Congregación: «He aquí que yo lo renuevo» (43,19). Es una palabra muy hermosa, y forma parte de un texto que empieza así: «No temas [Israel], que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío» (*Is* 43,1). Cuando escucho esto me viene a la mente la mano de Dios que acaricia, acaricia al pueblo, acaricia a cada uno de vosotros: el Dios tierno que acaricia siempre. Me detengo sobre estas palabras porque me parece que reflejen muy bien algunos valores fundamentales de vuestro carisma: valentía, apertura y abandono a la acción del Espíritu para que *haga algo nuevo*.

Son valores evidentes ya en la historia de vuestra primera fundación: un joven diácono, con doce compañeros de seminario, impulsado por el Espíritu, con valentía se lanza en una inesperada aventura. Renuncia a la perspectiva de un futuro tranquilo —podía ser un buen sacerdote de familia rica— por una misión aún por descubrir, exponiéndose a sacrificios, incomprensiones y oposiciones, con una salud muy frágil que lo llevará a una muerte precoz, antes incluso de poder

ver plenamente coronado su sueño. Muchos imprevistos, pero que con su docilidad a la acción del Espíritu transforma en “sí” valientes, gracias a los cuales Dios empieza cada vez *algo nuevo* en él, y a través de él también en otros.

Su ejemplo encuentra de hecho confirmación en los hermanos que continúan la obra, preparados para responder a nuevos signos de los tiempos, abrazando primero el servicio a los seminaristas pobres, después las misiones populares y finalmente también el anuncio *ad gentes* en varias partes del mundo, sin dejarse intimidar ni siquiera por la persecución religiosa desencadenada por la revolución francesa.

Una bella y rica historia, de la que hoy, sin embargo, recordamos otro momento especial, en el que todo vuelve a entrar en juego. Es la *segunda fundación*, la de 1848, en la que el Espíritu Santo pide a la comunidad compartir todos los frutos de su pasado en un escenario nuevo. Es tiempo de unirse a nuevos compañeros, los de la Sociedad del Sagrado Corazón de María, también ellos misioneros, pero con una historia diferente. Para hacerlo es ciertamente necesario superar temores y celos, y los hermanos de las dos familias aceptan el desafío, uniendo sus fuerzas y compartiendo lo que tienen en un nuevo inicio.

Hoy, después de más de un siglo y medio, vemos que la Providencia ha premiado su generosidad y valiente docilidad al Espíritu: estáis presentes en sesenta países de los cinco continentes, con cerca de dos mil seiscientos religiosos y la implicación de muchos laicos. Gracias a vuestra disponibilidad a cambiar y a vuestra perseverancia, habéis permanecido fieles al espíritu de los orígenes: evangelizar los pobres, aceptar las misiones donde nadie quiere ir, dando prioridad al servicio a los más abandonados, respetar pueblos y culturas, formar clero y laicos locales para un desarrollo humano integral, todo en fraternidad y sencillez de vida y en la oración asidua. Por favor, esto último es importante: rezar, no dejar la oración. Y no solo la oración formal, no, ¡rezar! ¡Rezar en serio! Así cumplís lo que el Venerable Libermann llamaba “unión práctica” en el servicio, fruto de una docilidad habitual al Espíritu Santo y fundamento de toda misión.

Vuestro carisma, abierto y respetuoso, es particularmente valioso hoy, en un mundo en el que el desafío de la interculturalidad y de la inclusión es viva y urgente, dentro de la Iglesia y fuera de ella. Por eso os digo: no renunciéis a vuestra valentía y a vuestra libertad interior, cultivadla y hacedlo parte viva de vuestro apostolado. Son muchos los hombres y las mujeres que aún necesitan el Evangelio, no solo en las llamadas “tierras de misión”, sino también en el viejo y cansado occidente. Mirad cada uno con los ojos de Jesús, que desea encontrar a todos —¡a todos! No olvidar esto: a todos—, haciéndose cercano espacialmente a los más pobres, tocándoles con sus manos, fijando su mirada en la de ellos. Y para llevar a cada uno el aliento fresco y vital de su Espíritu, que es el verdadero «protagonista de la misión» (cf. S. Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 30), dejaos guiar por Él, porque «no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 280). Permitidle que os ilumine, os oriente, impulse donde desea, sin poner

condiciones, sin excluir a nadie, porque es Él quien sabe de lo que se necesita en cada época y en cada momento (cf. *ibid.*).

Esta es la gran intuición de vuestros fundadores y el hermoso testimonio de tantos hermanos y hermanas que os han precedido. Y este es también el deseo y la invitación que os dirijo hoy. Que la Virgen os acompañe. Os bendigo a todos de corazón y os pido por favor que recéis por mí.

¡Gracias!